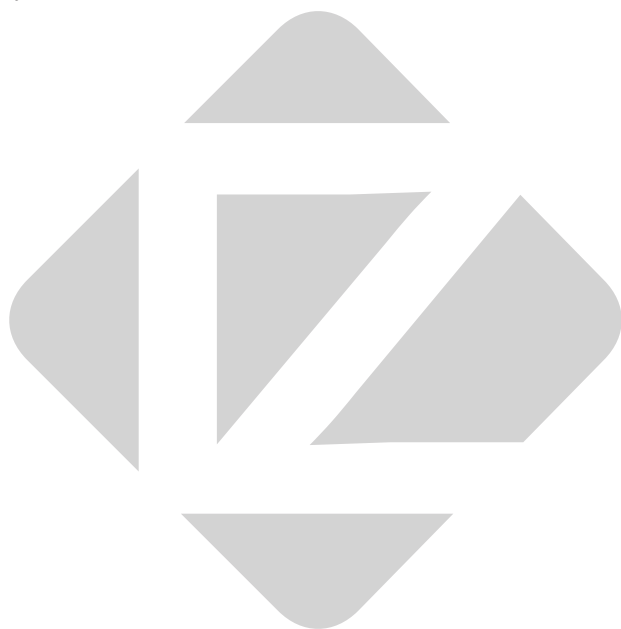
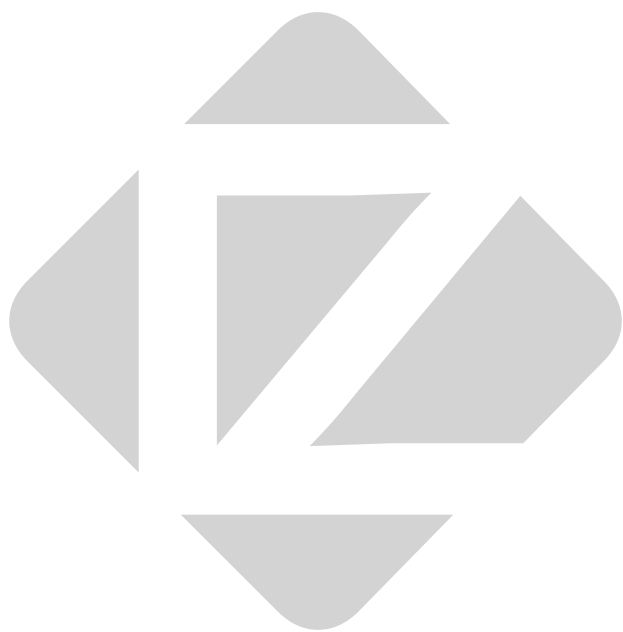


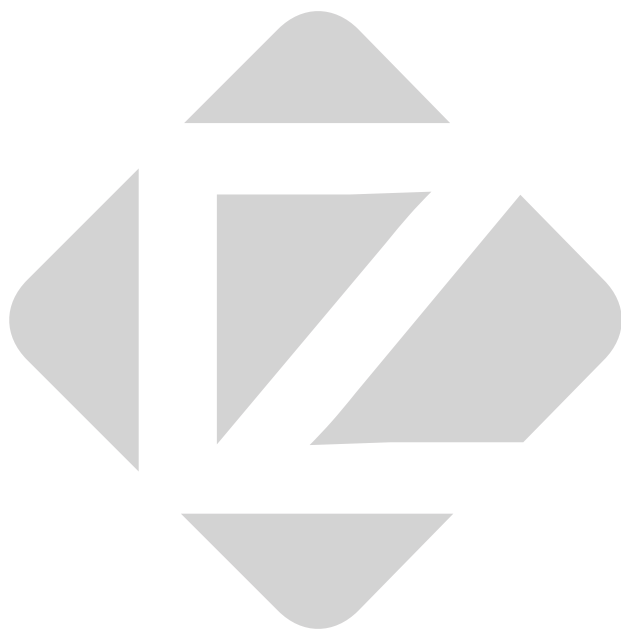
MEJOR NO CONTAR





Tatiana Salem Levy

MEJOR NO CONTAR



INTERZONA

INTERZONA

Salem Levy, Tatiana

Mejor no contar / Tatiana Salem Levy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.

224 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Constanza Penacini.

ISBN 978-987-790-141-2

1. Literatura Feminista. I. Penacini, Constanza, trad. II. Título.

CDD B869

Título original *Melhor não contar*

© Tatiana Salem Levy, 2024
por acuerdo con Literarische
Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K.,
Frankfurt del Meno, Alemania

© interZona editora, 2026
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca Nacional, do Ministério da Cultura do Brasil, e do Instituto Guimarães Rosa, do Ministério das Relações Exteriores do Brasil.
Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional, del Ministerio de Cultura de Brasil, y del Instituto Guimarães Rosa, del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil.



BIBLIOTECA NACIONAL



Instituto
Guimarães Rosa

MINISTÉRIO DA
CULTURA

MINISTÉRIO DAS
RELAÇÕES
EXTERIORES

GOVERNO FEDERAL
BRASIL
DO LADO DO POVO BRASILEIRO

Edición integral: Fátima Nieves García
Traducción: Constanza Penacini
Corrección: Mónica Martínez
Imagen de tapa: Shutterstock

Obra apoiada pela DGLAB / Cultura e pelo Camões, IP - Portugal.

Obra apoiada por DGLAB / Cultura y Camões, IP - Portugal.

ISBN 978-987-790-141-2



REPÚBLICA
PORTUGUESA

CULTURA, JUVENTUDE
E ESPORTE

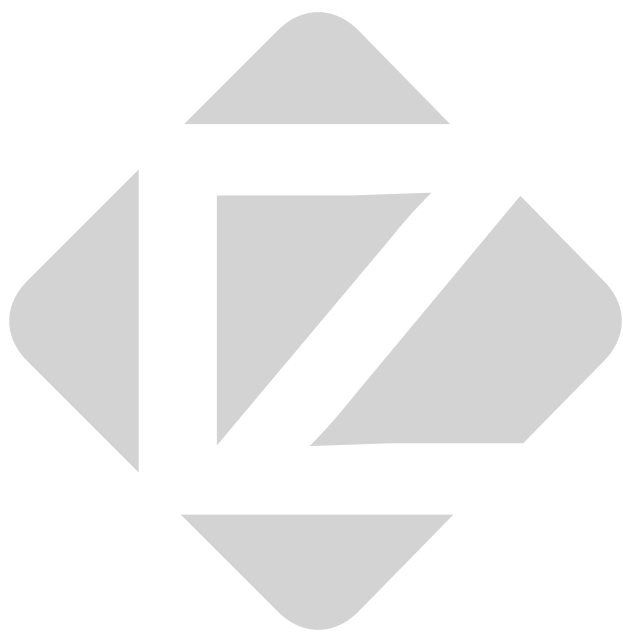
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS
E DAS BIBLIOTECAS

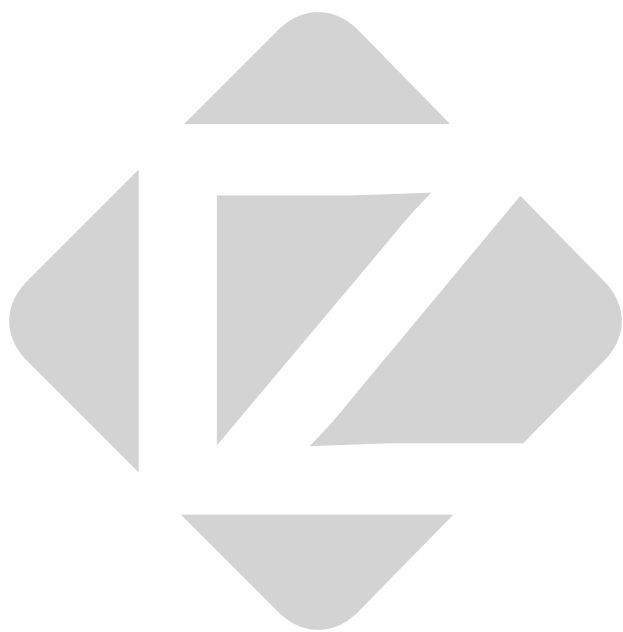
CAMÕES
INSTITUTO
DA COOPERAÇÃO
E DA LINGUA
PORTUGAL
INSTITUTO NACIONAL DE LINGUÍSTICA

Libro de edición argentina.

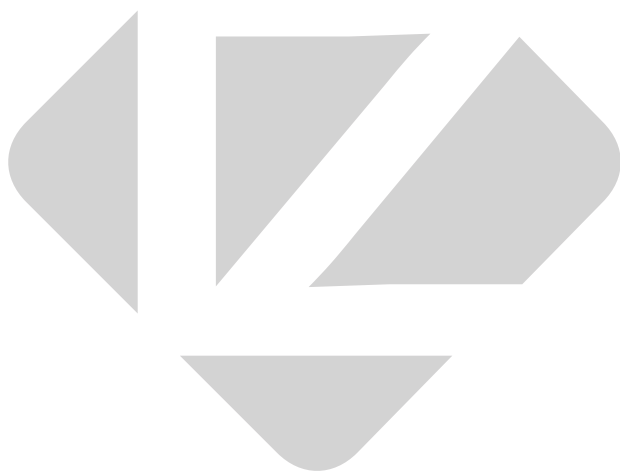
Impreso en India. *Printed in India.*

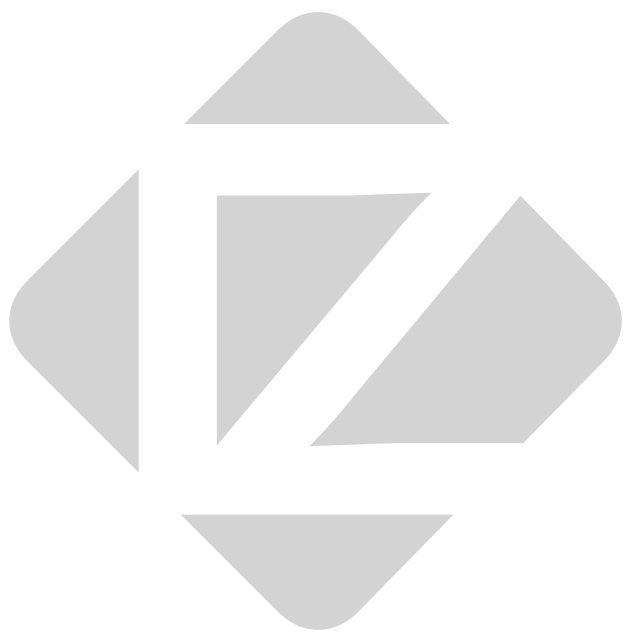
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.





*Mamá, este libro es para vos.
Y también es para Lucia Murat y Tania Salem,
que, en su ausencia, se volvieron las abuelas de mis hijos.*

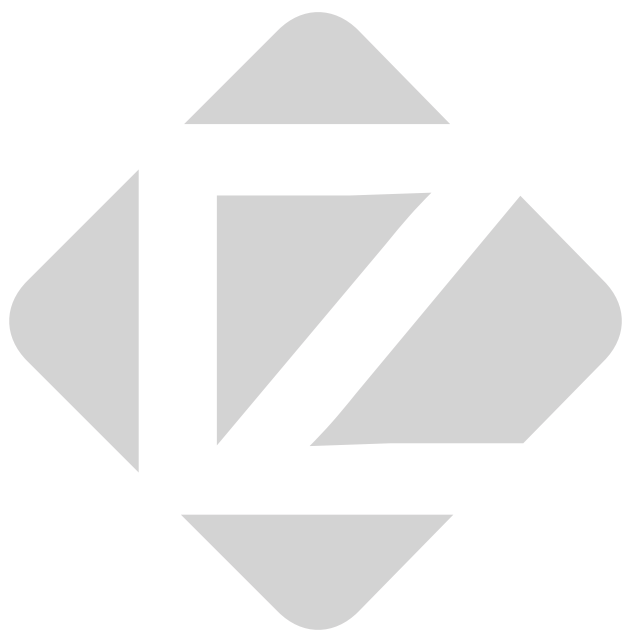




Nada de lo que sucede en la infancia tiene nombre.

Annie Ernaux





1

Era un domingo y yo, que suelo ser pésima con las fechas, me grabé esta en la memoria: 3 de diciembre de 1989. Mi primer recuerdo con fecha.

Estoy sentada en el jardín de la casa de la playa de mi padrastra en Itacoatiara. Mi mamá, él y yo dejamos pasar las horas lentamente, no tenemos nada que hacer. Abandono la mirada en el contorno de la pileta en forma de ocho, sin azulejos, con el cemento pintado de azul, y me pierdo en devaneos.

Aunque recuerde los detalles de ese día, que me persiguió durante los años que siguieron, y que aún me persiguen, mientras escribo, no puedo explicar por qué mi hermana no fue con nosotros. ¿Dónde habrá pasado el fin de semana? ¿Por qué no estaba ahí para jugar conmigo?

Mi mamá rompe el silencio preguntándome por qué no hago como ella y me saco el corpiño de la bikini. Siempre que podía, en la terraza de casa o en Itacoatiara, mamá solo usaba la parte de abajo de la bikini. Cuando comencé a usar corpiño en la playa, dos o tres años antes, ella no estaba de acuerdo y me decía que aprovechara mientras fuera niña y que *eso* no me hacía falta. E insistía con que el corpiño es tan incómodo...

A los diez años mis pechos empiezan a crecer, con los pezones despuntando. A los diez años, y aquel día en particular, tengo muy poco control sobre mi cuerpo.

Acá estamos solos, insiste ella. Para mi mamá, estar en tetas en la playa o en la pileta significaba ser libre, y esa libertad, la de las

mujeres, por la cual había luchado y nunca soltaba, era el primer mandamiento de mi casa.

Mi corpiño tiene los triángulos color lila y las tiras color rosa. Llevo el brazo derecho hasta el omóplato y desato el nudo, dejando parte de mis pechos desnudos. Cuando termino de sacármelo me invade una sensación muy distinta de la que mi mamá describe. No experimento nada cómodo.

Una nube que cubre el sol se aleja en ese instante, un rayo violento me obliga a cerrar los ojos y llevo las manos a mi cara. El calor también alcanza los pezones y la incomodidad se va propagando por todo mi cuerpo. Como los niños pequeños que juegan a esconderse tapándose los ojos, pensando que, por no ver a los otros, los otros no los ven, permito que el sol me toque hasta entre las piernas, que aprieto, segura de que nadie me está mirando.

Vuelvo a mí con el ruido de un vaso de cerveza que se cae al piso, mi mamá estira el diario, mierda, mi padrastro se levanta para buscar un trapo, una pequeña conmoción en aquella mañana plácida.

Después, cada uno vuelve a su silencio. Estamos juntos, pero haciendo cosas distintas y solitarias. En realidad, yo no estoy haciendo nada, oscilo entre el tedio, que ocupa buena parte de mis días, y la excitación, que surgió desde que me saqué el corpiño. En el piso mojado por la cerveza enseguida se forma una fila de hormigas, y aquellos insectos andando de forma sistemática provocan el mismo efecto de sol entre mis piernas. Aproximo la cara para apreciarlas de cerca, las patas chiquitas caminando a una velocidad impresionante. Agarro una y la pongo sobre mi panza mientras me acuesto boca arriba en el piso duro. Siento unas cosquillas ligeras, la hormiga baja por mis costillas y después se pierde, pero es como si yo continuara sintiéndola, el vestigio de sus patas sobre mi panza, un movimiento sobre mi cuerpo. Me duermo.

Pero es rápido, muy rápido. Recuerdo el ruido de las páginas del diario, mi mamá concentrada. Había dos movimientos: uno, que provocaba que el exterior se fundiese a mi interior, como si fueran una

sola cosa, parte del mismo mundo, de la misma naturaleza, sin distinción de seres; otro, que me separaba claramente del lado de afuera, de modo tan radical que yo tenía la sensación de no ser vista por nadie, que lo que sucedía dentro de mí era tan secreto y tan mío que nadie, jamás, descubriría.

En los últimos meses, en los que mis pechos empezaron a despuntar y nacieron algunos pelos entre mis piernas, sentía de alguna manera que yo y mi mamá comenzábamos a alejarnos. Nada demasiado grave, apenas incómodo, una cosa más entre otras que de un momento a otro empecé a sentir.

Aunque lo incómodo no me incomodaba tanto. Había algo de placer y yo siempre había sido llevada fácilmente por el placer... Y por las preguntas, que ahora me despegaban del piso y me hacían deslizar los ojos por el contorno de la pileta, el pensamiento ininterrumpido, el sol intenso sobre las tetas libres.

A esa altura, me había olvidado de que no tenía puesto el corpiño, e inclusive que lo había tirado al agua, con mi madre y mi padrastro por ahí cerca. Me asusta constatar que me siento sola en el mundo. Más sola de lo que imaginé alguna vez.

Me quedo observando diferentes tipos de insectos que salen del borde de la pileta, dos libélulas que se cruzan en vuelo, pasándose una a la otra, presto atención a los detalles más ínfimos. Toda forma viva despierta algún poro de mi piel, hasta las hojas de la jabuticaba que se hamacan con la brisa. Susurro mi nombre pausadamente, sílaba por sílaba, Ta-ti-a-na, repito un poco más rápido, después más y más rápido, hasta que la palabra se convierte en una masa uniforme y sin significado. No me gusta nada mi nombre. Mi hermana mayor heredó de nuestra bisabuela paterna el nombre Djamilá, que significa bella en árabe; Dina tiene el nombre de la mamá de nuestro padre. Solo yo ligué uno tan común. A pesar de la banalidad del nombre, me sentía extraña, diferente de otras chicas, en una época en que todo lo que las personas quieren es ser iguales (como elogio, mi mamá me asociaba a un camafeo; decía que solo los hombres viejos podían comprender mi belleza).

Aquellos pezones solo me hacían sentir más diferente de las otras chicas, para no hablar del vello púbico, precoz; diez años no es edad para eso. De alguna forma, sé que las cosas tienden a suceder antes del momento previsto; entonces las acepto, no completamente, pero las acepto, y experimento cierto placer mientras mis ojos se deslizan por los insectos. Si yo fuese linda, podría compartirlo con alguien, pienso cuando establezco, en aquel 3 de diciembre de 1989, un lazo conmigo y con mi soledad, que llevaré conmigo toda la vida.

¿Una promesa?

Eso todavía no lo sé. Por ahora solo es un acontecimiento. Yo ahí en la pileta, a los diez años de edad, los pezones a la vista, el cuerpo descubriendo el placer con todo lo que lo rodea –las hormigas, las plantas, las libélulas, el sol, el viento, el agua–, los sentimientos de fealdad y precocidad inaugurando la relación entre placer y soledad, y de repente, la voz de mi padrastro, la voz más dulce y suave de mi padrastro, junto con un gesto, el brazo extendido, una hoja en mi dirección, y el susto, el despertar repentino, como si me sacaran de un sueño muy profundo, de un sueño palpable y real. Entonces agarro la hoja y miro lo que mi padrastro había estado dibujando, mientras yo, sentada, miraba las hormigas.

Y en ese momento es como si hubiera descubierto, demasiado tarde, que taparme los ojos no es suficiente para que los otros no me vieran. En la hoja blanca, trazos simples hechos con una lapicera azul contornean el cuerpo de una chica sentada; una chica sin rostro –sin ojos, sin nariz, sin boca– con un cabello levemente enrulado. Sus pezones, apuntando uno para cada extremo del papel, llaman la atención. Hay más tinta en ellos, fueron trazados con fuerza. Están erectos, reparo.

Entonces, otro acontecimiento se sobrepone al acontecimiento. Mi soledad fue invadida, está ahí expuesta en el dibujo, todo lo que yo creía que era solo mío, concentrado en aquellas dos bolitas de tinta azul.

Delicadamente, porque a esa edad todos mis gestos son delicados todavía, dejo el dibujo en el piso, entro en la pileta y voy nadando

hasta el borde opuesto, donde no hago pie. De lejos, veo a mi mamá agarrando el dibujo y siento una vergüenza enorme, el corazón acelerado, la sensación de que está pasando algo muy equivocado, a pesar de que no puedo identificarlo. Me sumerjo y sostengo la respiración, suelto las burbujas solo cuando no aguanto más. No tengo mucha resistencia abajo del agua, odio hacerlo en las clases de natación a las que mi mamá me obliga a ir dos veces por semana, pero juro que a partir de aquel día me voy a dedicar más, necesito aumentar mi respiración, abrir los pulmones, mi mamá tiene razón, pienso, antes de inspirar hondo y sumergirme, intentando atravesar la piletta bajo el agua. Ella todavía tiene el papel cuando yo, la chica del dibujo, la chica del recuerdo, Ta-ti-a-na, oigo su voz, Lindo, ¿no? Discretamente y por timidez, asiento con la cabeza. Ella sostiene que la mirada de mi padrastro sabe encuadrar todo tan bien, él capta la esencia de las personas en pocos trazos. Además de buen fotógrafo, de ser el cineasta que revolucionó el cine brasileño, también dibuja bien. La niña, con su delicadeza, sonrío y vuelve a nadar.

2

Mi mamá murió el 24 de agosto de 1999, casi diez años después de ese domingo en Itacoatiara y a los exactos cuarenta y cinco años después del suicidio de Getúlio Vargas.

Ella no vivió el virus del milenio, no vivió la explosión de internet, de los teléfonos celulares ni de las redes sociales; no vio desmoronarse las Torres Gemelas, no fue visada por todos lados para entrar a un avión, más allá de que fuera interrogada largamente en una salita de investigación francesa a causa de su apellido árabe, el que, además, es judío; no vio tampoco la guerra de Afganistán ni la extrema derecha distanciando a Israel de la paz con los palestinos; no vio la extrema derecha llegando al poder y destruyendo Brasil; mucho menos, la invasión rusa sobre Ucrania; también murió sin saber que un día un virus nos encerraría en casa.

Pasamos juntas el cambio de 1998 a 1999 en el último piso donde vivimos los últimos dos años de su vida, con vista a la playa de Copacabana, la Playa del Diablo y la Piedra de Arpoador. En aquel año, el fuerte militar lanzó sus propios fuegos artificiales, que caían sobre nuestras cabezas, y me tiré con ropa en la pequeña pileta de nuestro departamento. Minutos después, cuando las personas se iban de la playa, despeinadas, esperanzadas, excitadas por el inicio del último año del siglo, cuando en casa todos los invitados ya habían brindado y se habían abrazado, mi mamá trajo una toalla; mis pezones castaños se traslucían sobre el vestido blanco pegado a la piel.

Sentimos que comenzaba una nueva era y, a pesar de que mi madre luchaba desde hacía ocho años con un linfoma, ninguna de nosotras –ni mi hermana ni yo– imaginaba que ella moriría pronto. Hasta entonces, la enfermedad estaba bien controlada, empujando la muerte siempre un poco más lejos.

Nunca pensé que fuera a perderla tan temprano. Cuando nos contó que tenía un cáncer en los vasos linfáticos, ella nos dijo también que, con los avances de la medicina, tenía por lo menos veinte años por delante. Hice el cálculo y me aferré a ese número: yo tendría treinta y dos. Cuando el médico asistente, el Dr. Halley, me anunció, ahí en casa, que ella se estaba yendo y que era el tiempo normal de la enfermedad, lo primero que vi fue el número desmoronarse frente a mis ojos. ¿Ella me había mentido? ¿El médico le había mentado a ella? ¿Ella realmente creía que los avances de la medicina la harían vivir tanto o solo quería que creyéramos eso?

Con la muerte de nuestra madre, mi hermana y yo dejamos el departamento de Copacabana. Los dos años tomando sol sobre el piso de laja, los chapuzones en la pileta, la vista al mar, el viento que a veces traía una tempestad oscura, las bicicleteadas matinales comenzaron a tornarse, entonces, un recuerdo distante.

Hoy, cuando tengo que ir a ese departamento por algún motivo, insisto en recorrer todos los ambientes. Entro a la bañera de mi mamá y logro verla, me apoyo en la pared donde estaba su cama; voy a mi cuarto, al de mi hermana, a la cocina, solo para sentir que el pasado me toca la piel –allí, todo lo que se desmoronó me parece intacto, preservado por la casa–. Aun cuando tantas personas hayan vivido ahí después y por mucho más tiempo que nosotras, es como si el recuerdo del departamento de la calle Francisco Otaviano guardara solo la memoria de aquellos dos años en los que nos amamos tanto –y en que, a pesar de la enfermedad, o tal vez a causa de ella, vivimos los días con una intensidad que pocas veces encontré después–.

Me asusto cuando pienso que hace más de veinte años que murió mi mamá. Que ella no sabe nada de la persona que vengo siendo desde

entonces, que ella no estaba acá cuando publiqué mi primer libro, cuando tuve hijos ni cuando decidí mudarme a Lisboa, donde, por ironía del destino, nació.

¿Habrá perdido más cosas del mundo o de la vida de sus hijas?

¿Habrá perdido más cosas del mundo o de la vida de sus nietos y nietas, que nunca la conocerán sino a través nuestro?

Cuando les hablo de ella a mis hijos, ¿les estoy mostrando cómo era ella o cómo soy yo?

¿Cuánto me parezco a ella?

¿Cuánto mío es de ella?

¿Cuánto de ella es mío?

¿Cuánto queda en nosotros de una persona muerta?

¿Cuánto de nosotros se lleva una persona muerta?

Todas las veces que sufrí por amor, lloré por nosotras dos. Todas las veces que me enamoré de hombres más viejos, imposibles, comprometidos, neuróticos, lloré por nosotras dos. Y todas las veces me acordé de su confesión: Me siento realizada en el trabajo, en las amistades, en los viajes, con ustedes, menos en el amor. Y, enseguida, la preocupación: Tengo tanto miedo de que lo repitas.

En su miedo, la falla, la maldición –¿o el deseo, tal vez?–.

¿Ni la madre puede elegir lo que hereda a su hija?

¿O puede?

A los veinte años, cuando perdí a mi mamá, me convertí en mujer por segunda vez. Me deshice de parte de sus cosas –ropa, cajas, zapatos, objetos, muebles–, y pasé a cargarla en mi vientre.